

TILA Y VALERIANA

Las once campanadas sonaron, lentas y graves, en el comedor. María Eugenia se levantó del sofá y se dirigió a la ventana. De camino corrigió una arruga en el tapete de la mesa camilla, se estiró las mangas, sacó un pañuelo de la faltriquera y se lo pasó por los labios.

La puerta se abrió lentamente, con un crujido de madera vieja.

—Señora... ¿le traigo la infusión?

María Eugenia volvió la cabeza hacia la sirvienta aunque sus ojos no la vieron.

—Hoy añádale un poco de tila, Remedios —pidió.

Ya casi no recordaba el tiempo en que acostarse significaba ocho horas de sueño reparador. Se había acostumbrado a la infusión de valeriana a los pocos años de su boda, cuando empezó a darse cuenta de que su vida era una trampa. Una noche se descubrió pensando que todo lo que hacía era monótono, insustancial, terriblemente aburrido. Conrado, su esposo, no era mala persona. Aunque tuviera sus manías, como todos, no era difícil vivir con él pero... era tan previsible que a su lado no cabía esperar ninguna sorpresa. Lo mismo ocurría con la vida en el pueblo. Siempre las mismas caras, las mismas conversaciones banales con la misma gente... “¿Y así va a ser así el resto de mi vida?”, se preguntó. No logró conciliar el sueño hasta la madrugada y aquella mañana se quedó dormida en Misa. A partir de aquel día la valeriana la ayudó a conseguir, al menos, dos o tres horas de algo parecido al sueño. Pero aquella noche quería además un poco de tila: estaba demasiado nerviosa.

“A las dos estaré en tu puerta con el coche preparado”, había dicho Damián.

Guardó el pañuelo y describió ligeramente los visillos. A aquellas horas ya se había recogido todo el mundo y no se veía a nadie por la calle. Solo a veces, a lo lejos, podía escucharse el golpeteo rítmico del chuzo del sereno contra los adoquines. El viento helado de la sierra había empezado a soplar, anunciando el invierno, y ululaba quedamente en las esquinas.

Damián era sobrino de doña Eduvigis y, al morir su tía, había acudido al pueblo para resolver algunos problemas de la herencia. Probablemente, todo hubiera podido

solucionarse en una o dos semanas pero se quedó un mes. “Me quedo por usted”, le susurró una mañana al ofrecerle agua bendita al entrar en Misa. El roce de sus dedos y la mirada de sus ojos brillantes la turbaron de tal modo que corrió hacia su reclinatorio, se arrodilló y escondió la cara entre las manos fingiendo rezar.

—Puede retirarse, Remedios —le dijo a la doncella cuando ésta le llevó la infusión—, yo me quedaré un rato despierta.

Damián vivía en la capital, era alto y buen mozo, de anchas espaldas y piernas fuertes, y siempre tenía algo interesante que contar. Había estado en París, en Londres, y en la capital acudía con regularidad a funciones de teatro y a representaciones de ópera. A su lado, escuchando cómo describía la elegancia del Big Ben o el color del atardecer desde Montmartre, no se notaba el paso del tiempo. Cuando Damián se interesó por su vida, por sus ocupaciones, María Eugenia se echó a reír y le dijo que, ante un paseo en “bateau” por el Sena y el cambio de guardia del palacio de Buckingham, sus actividades en el “Ropero de los pobres” resultaban muy poco atractivas. “Todo lo que usted me cuenta me resulta atractivo”, había contestado él. Y la había mirado de una forma contra la que no encontró defensa.

Bajó la luz de la lámpara hasta que el comedor quedó casi a oscuras, cogió la taza y se sentó en el sillón, frente a la ventana. El primer sorbo casi le quemó la lengua. En la calle, un transeúnte apresurado cruzó hacia la plaza. Siguió bebiendo lentamente, mientras pensaba en aquella casa grande y húmeda que estaba a punto de abandonar. Al día siguiente, las sábanas limpias y la chimenea encendida esperarían el regreso del señor. Pero ella no.

“No necesitas nada. Solo una capa y unos mitones para no pasar frío en el viaje”.

Abrió los ojos cuando el reloj daba las dos. Sobresaltada, se puso en pie, se asomó a la ventana y miró a la calle pero no se veía ningún carruaje a su puerta. Tampoco se oía ruido de cascos en la cercanía. Se sentó de nuevo en el sillón. “Damián...”, musitó, “...cuánto tardas”.

El reloj, fiel a sí mismo, siguió dando cuartos, medias y horas. Cuando dieron las cinco, María Eugenia se levantó, salió del comedor y se dirigió al dormitorio con pasos fatigados. Estaba tan aturdida que ni siquiera sacó el pañuelo para secarse las lágrimas.